

LA HUMANIDAD: UNA ESPECIE DIVERSA

MIGUEL ÁLVAREZ EDO
Departamento de Biología Animal
Facultad de Biología y Ciencias Ambientales
Universidad de León
Campus Universitario de Vegazana
24071 León
maalve@unileon.es

Quedan ya lejanos los días de nuestra infancia en los que nuestro conocimiento sobre la variedad de la especie humana se limitaba a la observación de nuestro entorno próximo, a las sugestivas ilustraciones de los libros de texto y cromos de las tabletas de chocolate de nuestra merienda diaria, o bien, a la contemplación de las calles de nuestras ciudades y pueblos, cuando con motivo del Día del Domund, hacían acto de presencia anual aquellas huchas de cerámica que en forma de cabeza, reflejaban la heterogeneidad del Hombre sobre la Tierra.

Nos hablaban de países exóticos, de gentes de aspecto físico muy diferentes a nosotros, que de forma unánime designábamos con nombre de RAZAS HUMANAS y que en número de cinco agrupaban a la totalidad de nuestra especie. Esta terminología, fundamentada principalmente en el color de la piel, clasificaba a todos los seres humanos en raza blanca, negra, amarilla, cobriza y aceitunada y nadie se atrevía a poner en duda su veracidad e inmutabilidad.

Con el transcurso del tiempo, aprendimos que, además del color de la piel, intervenían otros caracteres morfológicos, como la forma del cabello, el grosor de los labios y de la nariz, la estatura, etc., lo cual posibilitaba una discriminación más precisa y por ende, un incremento en el número de razas. Así por ejemplo, la raza blanca, por citar tan solo lo más afín a nosotros, incluía a los Nórdicos, a los Mediterráneos, a los Bálticos, etc. y con ello, lo que en principio parecía tan diáfano y nítido, tan natural y objetivo, se iba complicando. Nos comenzábamos a cuestionar lo que el “buen sentido” ordinario nos había dictado de que tan sólo existían cinco colores para la pigmentación de la piel y por ello, la posibilidad de encuadrar a todo el género humano en únicamente cinco razas.

Para aumentar la confusión no solo entre los más profanos, es decir, entre aquellos antiguos infantes de las cuestaciones pro-negritos y chinitos con función redentorista, sino entre los más encumbrados científicos, la moderna Genética de Poblaciones nos revela que las antiguas clasificaciones raciales son construcciones

arbitrarias, desprovistas de interés científico y que el concepto de raza, en la especie humana, carece de sentido biológico por arbitrario y poco preciso.

Esta serie de críticas recientes en contra de la noción de raza humana se inscriben, en realidad, en la prolongación del debate iniciado con posterioridad a la Segunda Guerra Mundial bajo los auspicios de la UNESCO. En efecto, de julio de 1950 hasta abril de 1981 han tenido lugar cinco reuniones científicas con sus correspondientes declaraciones sobre la cuestión racial, firmadas por expertos en antropología, sociología, biología y genética. Atendiendo a las publicaciones emanadas de estos prestigiosos foros, se constata que la noción de RAZA en la especie humana ha sido progresivamente cuestionada y ello ha conducido a posturas encontradas e irreconciliables incluso entre los científicos del mismo campo de investigación y de estudio.

En el momento presente, algunos antropólogos adoptan una posición radical y niegan la existencia de las razas humanas. Otros, por el contrario, defienden vivamente la noción de raza humana y se apoyan para ello en una argumentación que se puede calificar de naturalista, con el razonamiento de que la especie *Homo sapiens* es una más en la biosfera y que debe ser objetivamente estudiada de forma idéntica al resto de las especies.

Éstos últimos, distinguen en el seno de las especies animales subdivisiones a las que denominan razas o subespecies y que representan agrupaciones naturales de hombres que presentan un conjunto de caracteres físicos hereditarios comunes. Ciertamente es que los defensores de esta forma de pensar han abandonado posicionamientos anacrónicos y carentes de sentido, tales como “razas puras” ó “pureza de sangre” que han sido interpretados interesadamente en numerosas ocasiones a lo largo de la historia del hombre para proclamar la superioridad de una raza sobre las demás. Ciertamente es también que la noción de raza, tal como se ha entendido hasta épocas recientes, puede sugerir que la especie humana se encuentra escindida en grandes bloques homogéneos en la que los individuos son biológicamente similares, pero muy diferentes de los restantes grupos. Y como tercera consideración, no es menos cierto que podría interpretarse que las razas humanas son entidades inmutables fijadas para la eternidad. Esta forma de pensar nutre con facilidad la ideología racista, desde el momento en que se admite que los hombres son profundamente diferentes y ello puede justificar que tengan reservados distintos destinos en la sociedad.

Bajo esta perspectiva, el estudio de la especie humana ha dado lugar a una división de la Humanidad en lo que conocemos a nivel popular como RAZAS y que ha levantado severas críticas científicas y sociales fundamentadas en dos aspectos determinantes:

1. las razas no constituyen entidades naturales, sino que son categorías construidas arbitrariamente
2. las diferencias biológicas entre las razas son mínimas y no sostienen la idea de grandes subdivisiones de la especie humana.

En las últimas décadas del siglo XX, con la introducción de los análisis genéticos basados en caracteres moleculares (grupos sanguíneos, polimorfismos, secuenciación del ADN, etc.), y la aplicación de poderosos programas informáticos, se han producido profundos cambios en los estudios raciológicos, consistentes en la modificación del objeto de estudio que ha pasado a ser la población en lugar del individuo y en la sustitución de los caracteres morfológicos tales como la pigmentación, la estatura o la forma del pelo y de la nariz por las frecuencias de los genes. Bajo esta nueva perspectiva, las antiguas agrupaciones raciales pierden su sentido pues el género humano ya no se presenta en bloques independientes sino con variaciones graduales (a semejanza del tiempo que es continuo aunque nosotros lo dividimos en horas, semanas o minutos claramente diferenciados) y nuestros arquetipos raciales no son sino representaciones simbólicas de pueblos situados en extremos biológicos. Entre ambos, caben todas las posibilidades intermedias, dado que no existen separaciones nítidas entre una raza y la contigua, sino transiciones imperceptibles.

A la luz de los nuevos datos aportados por la Biología moderna, pronto se puso de manifiesto la total falta de concordancia con las antiguas clasificaciones, demostrándose que las diferencias genéticas son mucho mayores en el seno de las poblaciones que entre los grupos raciales definidos clásicamente, o dicho más claramente, las diferencias entre los individuos de la misma raza son muy superiores a las existentes entre sujetos de razas distintas. A grandes rasgos podemos afirmar que el 85% de la variación genética total de la especie humana se observa entre los individuos de la misma población (sea cual fuera su grupo racial), el 5% entre poblaciones del mismo grupo racial y tan solo el restante 10% es el porcentaje correspondiente a las diferencias entre grupos raciales. Para expresar de una forma gráfica esta cuestión, podemos afirmar que “si aconteciera un gran cataclismo del que tan sólo sobrevivieran los negros africanos, la especie humana conservaría el 90% de su diversidad genética total, aunque tendría un color más oscuro”.

Nuevamente hemos vuelto a citar el color de la piel, y es que voluntaria o inconscientemente, en definitiva, tan sólo hay un carácter sobre el que se haya fundamentado de manera constante la delimitación entre las grandes razas de nuestra lejana infancia y éste es la pigmentación cutánea. Ahora bien, la melanina es el pigmento responsable de las diferencias de color tanto individuales como

poblacionales: si hay mucha cantidad, la piel es negra; si su concentración es mediana, la piel parece amarilla, y si se presenta en pequeña cantidad, la piel es clara. Por consiguiente, no se trata de diferencias cualitativas discontinuas que dividan a las “grandes razas,” sino diferencias de tipo cuantitativo por lo que se pueden encontrar todas las categorías de pigmentación intermedias entre dos poblaciones extremas como serían los negros del Sudán o los muy blancos daneses a título de ejemplo. Una vez más, este tipo de datos subrayan que en la naturaleza no se produce una separación disruptiva en las poblaciones humanas, contrariamente a lo que puede sugerir la noción de tipos raciales característicos de las taxonomías antropológicas. Ha sido la capacidad para aclimatarse a todos los medios ecológicos, gracias a la cultura y a la tecnología, lo que ha posibilitado al hombre su enorme dispersión geográfica y su ubicuidad, y ello ha constituido el fundamento de su diferenciación morfológica y genética pero sin alterar su unidad biológica fundamental.

No obstante, sería erróneo afirmar que la noción de raza está desprovista totalmente de sentido biológico, y es que la cantidad de melanina representa una adaptación a la insolación, y así, a mayor cantidad de radiación solar, mayor pigmentación y viceversa, independientemente del origen racial de las poblaciones. Por ello, nos encontramos con poblaciones de piel muy oscura localizadas tanto en África como en Oceanía o en el Sudeste asiático, siendo su vínculo exclusivamente de orden geográfico al habitar zonas con factores ambientales semejantes, principalmente las radiaciones solares, pero absolutamente diferenciadas en sus caracteres moleculares y que reflejan orígenes distintos.

El hecho de que la variación genética entre grupos raciales sea tan reducida (recordemos que apenas alcanza el orden del 10%) y que ésta se muestre nítidamente en caracteres visibles, tales como el color de la piel, los rasgos faciales, la forma y color del cabello etc. es la razón por la que todo el mundo se siente capaz de identificar y clasificar a los grupos humanos en base a unos estereotipos largamente establecidos y ampliamente aceptados. Por este motivo, la asignatura pendiente de los científicos y más concretamente de los antropólogos es hacer llegar a la sociedad de una forma comprensible e inequívoca, que la especie humana se comporta como una y que no existen razones objetivas que justifiquen una subdivisión de la misma; que es mucho más lo que nos une que lo que nos separa y por tanto, mucho más interesante conocer el significado de las variaciones geográficas que imponer criterios subjetivos de una división formal. Y es que, a pesar de las experiencias recientes, en nuestra Historia próxima y de sus devastadores efectos, en muchas regiones del mundo y entre distintas capas de la sociedad, el término “Raza” se sigue asociando a prejuicios, malentendidos y problemas sociales considerables, debido sobre todo a las etiquetas sociológicas,

religiosas, económicas, etc. asociadas a las diferencias visibles entre individuos. Y está demostrado, insistamos una vez más, que estas discrepancias no representan más que una proporción extremadamente pequeña, nula incluso, de las diferencias genéticas totales.

A pesar de todos los esfuerzos y de las pruebas aportadas por la Ciencia relativas a la carencia de fundamento de la superioridad genéticamente establecida de una raza sobre otra o sobre las restantes, nuestra organización social continúa prefiriendo clases de individuos homogéneos ya que las diferencias son percibidas negativamente. Y todo ello se manifiesta en una hostilidad social para cualquiera que difiera de uno mismo. En consecuencia, los prejuicios raciales conllevan al rechazo a lo extranjero, a cualquier cultura diferente de la propia, a infravalorar otras costumbres, otras creencias, otros sistemas de valores u otros modos de subsistencia. De manera que, esta intolerancia confunde las diferencias con desigualdades, identifica lo propio como superior y lo ajeno como inferior, alimentando el odio a lo diferente. Esta fobia hacia los demás, el cálculo político y otras muchas razones totalmente ajenas al pensamiento científico – como el impacto de la coyuntura económica, el malestar social, la desconfianza hacia los inmigrados, las diferencias en creencias y religiones, etc.- están en la base del racismo. La “supremacía” es un concepto político y socioeconómico ligado, como el de “raza” a la historia política, militar y económica y a las tradiciones culturales del país o de los grupos. Sin embargo, la historia demuestra que esta supuesta superioridad es transitoria: a otros tiempos corresponden otros dominantes.

Por todo lo anteriormente expuesto parece evidente que Genética y Raza no pertenecen al mismo mundo. No es que una sea buena y la otra mala. Ocurre que una es sencillamente científica y la otra procura un medio para orientarse en el mundo muy subjetivo de las relaciones sociales. La dificultad nace de la confusión entre ambas. No es que la raza no exista, como se ha escrito en diferentes ocasiones, es que la raza no existe en tanto que entidad biológica. La raza existe indudablemente como categoría simbólica y social, lo cual la convierte en un concepto más real e importante que si fuera biológico. Y pese a los intentos de sustituir el término raza por otros tales como población, etnia, nacionalidad, etc. e incluso a la supresión del término del vocabulario científico, ello no cambiará la evidencia de diferencias llamativas en cuanto a la fisonomía, coloración de la piel y otros caracteres físicos asociados a los distintos climas. En definitiva, que la raza es un problema conceptual y no un problema semántico y que éste no se resuelve sustituyendo el término por ningún otro.

Es difícil, por no decir imposible, reflejar con mayor precisión y sensibilidad la aparente paradoja entre la diversidad individual y la unidad del género humano y que el mural expuesto en el Museo de la Casa del Hombre de La Coruña ha

resuelto de forma magistral. Conocido como el “rostro de las diez mil caras” y compuesto por fotografías procedentes de personas de ciento diez países diferentes, representa el popular rostro de la Gioconda de Leonardo da Vinci. Simboliza el evidente testimonio de que todos somos distintos, pero también, de que a esta altura de la historia ya es imposible conocer el origen de alguien por los rasgos de su cara. El futuro seguirá regalando a la especie humana las ventajas del mestizaje. Las migraciones y los avances en la comunicación borrarán los rastros raciales, y la humanidad presentará un rostro común, amalgama de las biológicamente infinitas diferencias individuales.

Esta hipotética homogeneidad física resultante, acompañada de otros cambios que afecten a nuestros prejuicios, actitudes y mentalidad nos conducirán, sin duda alguna, hacia el olvido de aquellas cabezas-huchas de nuestra infancia carentes de significado para generaciones venideras y que ancladas en un pasado no muy lejano, serán mudos testimonios de un tiempo ya transcurrido en el que fueron protagonistas principales de un domingo de primavera. Y puestos a imaginar un mundo más deseable, aprovecho la ocasión para rendir postrero homenaje a Jessy Owen, el atleta negro estadounidense quien al recibir la medalla de oro en los Juegos Olímpicos de Berlín en 1936 de manos del alemán que le preguntaba si se sentía orgulloso de su raza, le respondió, adelantándose en casi setenta años a los científicos actuales: “Si señor, orgulloso de la Raza Humana”.

BIBLIOGRAFÍA

- ARSUAGA, J. L.; MARTÍNEZ, I.(1998): *La especie elegida: la larga marcha de la evolución humana*. Madrid. Ed. Temas de hoy S.A.
- CASPARI, R (1977): “Una diversidad fruto de continuos intercambios”. *Mundo Científico*, nº 185 (1061-1068).
- CAVALLI-SFORZA, L. L. (1992): “Genes, pueblos y lenguas”. *Revista de Investigación y Ciencia*, nº 184 (4-11).
- CAVALLI-SFORZA, L. L.; CAVALLI-SFORZA, F (1994): *Quiénes somos: historia de la diversidad humana*. Barcelona. Ed. Crítica (Grijalbo Mondador).
- GÓMEZ, P. (1993): “Las razas: una ilusión deletérea”. *Gazeta de Antropología*, nº 10 (1-10).

- FIZPATRICK, T. (1998): "Genéticamente hablando, las razas no existen".
<http://www.erekalert.org/releases/wusl-gsrdeih.htm>
- HARRIS, M.; SÁNCHEZ, J. O. (1985): *Introducción a la Antropología General*. Madrid. Ed. Alianza.
- LEVI-STRAUSS, C. (1996): *Raza y cultura*. Barcelona. Colección Teorema. Ed. Cátedra.
- LEWONTIN, R. C. (1984): *La diversidad humana*. Barcelona. Ed. Labor.
- LEWONTIN, R. C.; ROSE, S.; KAMIN, L. J. (1987): *No está en los genes. Racismo, genética e ideología*. Barcelona. Ed. Crítica.
- MUÑOZ MOLINA, A. (1995): "Otras razas humanas". *El País*, 22/02/199. pag.32.
- WADE, N. (2002): "Un nuevo vistazo a viejos datos podría desacreditar cierta teoría sobre la raza". *The New York Times*. <http://www28.brinkster.com/bibliotk/categort/boas.htm>